

Latinoamérica y la posmodernidad¹

Nelly Richard

Las relaciones de encuentro o desencuentro entre Latinoamérica y la posmodernidad son particularmente complejas de analizar tanto por lo esquivo de los rasgos que denominan "posmodernidad" a una configuración dispersa, sin garantía de una definición fiel, como por lo disparejo de la trama latinoamericana, que integra procesos histórico-culturales no equivalentes en cada país. Aun así, "Latinoamérica" designa una zona de experiencia común a todos los países del continente situados en la periferia del modelo occidental-dominante de la modernidad centrada. Una pregunta central anima y se ramifica en este ensayo: ¿Cómo el discurso posmoderno que teoriza el fracaso de esta modernidad centrada interviene el modo que tuvo Latinoamérica de imaginarse a sí misma bajo la dependencia modernista?

¿CUÁL "POSMODERNIDAD" Y DESDE CUÁL "NOSOTROS"?

Las relaciones de encuentro o desencuentro entre Latinoamérica y la posmodernidad son particularmente complejas de analizar:

- 1) Por lo esquivo de los rasgos que nombran esta configuración dispersa titulada 'posmodernidad' sin la garantía de una definición fiel. Una mezcla de *modos* (la sospecha en filosofía; la parodia y el simulacro en estética; la deconstrucción en teoría

1 Tomado de *Revista de crítica cultural*, Santiago de Chile, N. 13, abril de 1991, pp. 15-19. Reimpreso con el permiso de la autora.

crítica; el escepticismo en política y el relativismo en ética; el sincretismo en cultura, etcétera) y *modas* (el collage de estilos y la cita del pasado en arquitectura; el desencanto posmarxista; el jugueteo narcisista y la distensión *cool*; el eclecticismo neutro en el juicio cultural y el pluralismo blando en la concertación social, etcétera) hace que la confusión entre posmodernidad y posmodernismo(s) sea la marca envolvente en un sentir difuso que acompaña a los cambios epocales signados por la *diseminación* y la *contaminación* del sentido: crisis de totalidad y pluralización del fragmento, crisis de unicidad y multiplicación de las diferencias, crisis de centralidad y desbordamiento proliferante de los márgenes.

- 2) Por lo disparejo de la trama latinoamericana que integra procesos histórico-culturales no equivalentes en cada país: Perú, Chile o Argentina no comparten los mismos antecedentes de modernidad, modernizaciones, modernismo; el desenvolvimiento de tendencias no fue uniforme y la mezcla entre mito e historia, entre rito y progreso, entre tradición y mercado, se sedimentó desigualmente. No son, por lo tanto, equiparables las disposiciones de cada contexto frente a lo que reclama la posmodernidad como balance crítico de los logros y frustraciones de la modernidad incrustada según dinámicas de fuerzas y resistencias demasiado variables y específicas a cada formación regional.

Quizás lográramos concordar en un señalamiento-tipo de la categoría 'posmodernidad' reuniendo sus rasgos predominantes en una síntesis abarcadora: la fractura de los ideales (sujeto-historia-progreso como absolutos de la razón) que regularon monológicamente el proceso civilizatorio de la modernidad occidental-dominante; la consiguiente heterogeneización de los signos y multivocidad del sentido; el pasaje de la fase macrosocial de los poderes integradores a la fase microsociales de las fuerzas desintegrativas; el abandono de las certidumbres y la resignación a lo parcial y lo relativo como horizontes trizados de un nuevo paisaje teórico-cultural ubicado bajo el signo vacilante de la duda; la descorporeización de lo real-social convertido en artificio massmediático a través de imágenes cuya especialidad y temporalidad han perdido textura y densidad históricas, etcétera. Pero la fisonomía del "nosotros mismos" (como sitio latinoamericano de la pregunta por si nos afecta –y cómo nos afecta– la posmodernidad) es tan disímil que fragmenta el sujeto de la enunciación en partes no siempre compatibles. Así y todo

—aunque sea como notación polémica de una “diferencia” a activar frente a la dominante posmoderna internacional— ‘Latinoamérica’ designa una zona de experiencia (llámese: marginación, dependencia, subalternidad, descentramiento) común a todos los países del continente situados en la periferia del modelo occidental-dominante de la modernidad centrada. ¿Cómo el discurso posmoderno que teoriza el fracaso de esta modernidad centrada interviene (desorganiza, reformula) el modo que tuvo Latinoamérica de imaginarse a sí misma bajo dependencia modernista?, es una de las preguntas de este comentario.

¿CÓMO HABLAR LO PROPIO SI EL REPERTORIO ES DE NOMBRES PRESTADOS?

La extensión y profundidad traumáticas de la marca colonizadora; la batalla por romper con la subordinación periférica, influyen en que el traslado a América Latina de sistemas culturales que provienen de afuera sea recepcionado desde la desconfianza: como parte de un estado de sospecha que recae sobre todo el mecanismo de la transferencia entre lo extranjero y lo nacional, entre lo importado y lo local, entre lo internacional y lo propio.

Discutir sobre posmodernidad en América Latina es aún visto por muchos como tic imitativo, réplica enajenada. Sería caer víctima de la moda internacional copiando el último dato promovido por su mercado de la información: ceder a la pulsión extranjerizante del calco mimético. Esta descalificación suele apoyarse en un argumento complementario para invalidar el trasplante: al comparar realidades, se extrema el contraste entre *sobresaturación* —el contexto “postindustrial” de hiperconsumo de bienes y rebalse informativo que dio origen a la reflexión sobre el agotamiento o reviente de la modernidad internacional— y *carencias*: el paisaje latinoamericano aún marcado por el estigma despojador de la miseria, de la opresión, de la violencia. Estos desniveles económico-sociales entre hiperabundancia y privación tornarían (moralmente) improcesable la comparación entre los dos polos de experiencia, y declararían intransferibles los contenidos teórico-críticos de la discusión.

Habría otra insolencia más en hablar aquí de posmodernidad por cómo el discurso posmodernista agrade la generación latinoamericana que suscribió heroicamente la fe tercermundista en la revolución y el hombre nuevo: el posmodernismo como *teoría del exceso y estética de la indiferencia* —producto hipermediático de la sobreexposición y del reventamiento de las imágenes autocumplidas del mercado— viola dos

morales solidarias del subdesarrollo: la de la pobreza y la del compromiso social y político, que sirvieron de emblemas reivindicativos a la conciencia latinoamericanista de los 60. Esa intelectualidad utópica-revolucionaria resiente como burla la ironía posmoderna que juega a desacreditar el respaldo ético de su discursividad militante. Y es cierto que podría haber “cierta legitimidad en primera instancia al plantear que en países donde la pobreza, el hambre, la desocupación y el analfabetismo son endémicos, el tema de la posmodernidad puede aparecer como un lujo exótico” y perverso². Pero sólo si nos mantenemos dentro del esquema mecanicista que explica desarrollos económico-sociales y procesos culturales con base en interdependencias lineales entre fenómenos y acontecimientos. Sabemos que las series “cultura” y “sociedad” se responden una a otra cruzando sus razones en forma de desfase, de contradicción, de asimetría. Tal como la historia de las vanguardias en América Latina acusa múltiples y productivos “desajustes entre modernismo cultural y modernización social”³, no es necesario que se reproduzca aquí el cumplimiento estructural de la posmodernidad del Primer Mundo para que el pensamiento cultural latinoamericano aloje en sus pliegues teórico-estéticos, motivos *oblicuamente* vinculados con el tema posmoderno: sombras y recovecos que se iluminan por incitaciones al pensarse bajo el foco de lo ambiguo, de lo sorprendente, de lo incongruente. La evidencia de que las marcas que retratan la posmodernidad en su fase internacional no pertenecen al mismo registro (de fundamentaciones y explicaciones) que las señales que aparentan corresponderles simulando desde aquí analogías o parecidos, no basta para desautorizar localmente la reflexión posmoderna. Superemos la frontalidad de una primera incompatibilidad manifiesta entre las determinantes económico-sociales que rodean la crisis en cada terminal geográfico del eje de potencia (centro-periferia), para ceder al juego más sutil de seguimientos y despistes al que nos atrae la multilinealidad ramificante y bifurcante del tema posmoderno. El ir y venir —el darse vueltas— entre lo que la nomenclatura internacional recorta y patenta como conceptos posmodernos y las fracciones de realidad “nuestra”

2 Roberto A. Follari, *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*, Colección Cuadernos (Rei Argentina, S.A., Instituto de Estudios y Acción Social), Buenos Aires: Aique Grupo Editor, 1990.

3 Néstor García Canclini, “La modernidad después de la posmodernidad”, en Belluzzo (organizador), *Modernidade: vanguardas artísticas na América Latina*, Memorial UNESP, Sao Paulo, Brasil, 1990.

que estos conceptos ayudan a verbalizar aunque sea refractariamente, nos permite –también– ensayar nombres que sirvan para re-conocernos como parte de una crisis de significaciones, pero como partes interesadas en revertir esa crisis a fines de autosignificación.

MODERNIDAD, TRADICIÓN, POSMODERNIDAD: EL "COLLAGE" LATINO-AMERICANO

El discurso posmoderno se aplica en recolectar las señas periodizadoras que definen nuestro presente, sea desde la sintomatología de su crisis (el presente como malestar), sea desde la teatralidad de sus artificios (el presente como espectáculo). Pero este discurso epocal lo hace siguiendo el ritmo zigzagueante de una sensibilidad transhistórica. Desmintiendo el orden de sucesividad que le asigna su prefijo, la posmodernidad no es lo que linealmente viene después de la modernidad (su nuevo y más reciente "fin": su acabada "superación") sino el pretexto coyuntural para su relectura desde la sospecha que históricamente pesa sobre las articulaciones cognoscitivas e instrumentales de su diseño universal.

Varios autores nuestros han respondido al desafío posmoderno motivando una revisión crítica de la modernidad en América Latina: de sus particularidades de constitución y variedades de desarrollo, de sus fallas de programas o incumplimientos de metas, de sus accidentes de transcurso, de sus movimientos resolutivos y disolutivos. Relectura estratégica ya que aquí la modernidad aún no termina de pensarse a sí misma, y sigue –por lo tanto– abierta a nuevas confrontaciones de sentido surgidas de las alternativas del presente que revirtualizan el pasado según apuestas vigentes.

Varias divergencias animan los planteamientos de estos autores latinoamericanos sobre la cuestión de la modernidad periférica: una modernidad descalzada de su matriz europea por la asincronía de procesos de formación cultural e instrumentación social que desfasaron el trazado metropolitano de una serialidad uniforme de avances-progresos. Quizás el contrapunto más ejemplar sea el que ilustra la tensión irresuelta entre modernidad y tradición. Por una parte, se acusa la racionalidad funcionalista de la modernidad europea y su paradigma secularizante de haber censurado la ritualidad de una cultura mestiza que expresa su latinoamericanidad a través de los contenidos ético-religiosos de la fe, y se culpa tanto el ideologismo de las estructuras como el tecnicismo del mercado de haber desculturizado la tradición popular

que resguarda el "ethos latinoamericano"⁴. Por otra parte, se rescata de la modernidad latinoamericana su *heterogeneidad* de efectos sociales y culturales producto de las interacciones del mercado transnacional y de las mixturas de códigos recombinados por el choque entre redes de consumo (la hegemonía norteamericana) y las simbologías populares o ritualizaciones cotidianas que lograron poner en contradicción (por opacidad, demora, recalcitrancia) la tendencia uniformizadora del vector-progreso de la modernidad internacional⁵.

Por si algo debe aprenderse de la flexión posmoderna (de cómo desregula la sintagmática temporal que ordena precedencias y sucesiones) es precisamente su capacidad para fragmentar y recombinar memorias históricas según el modo de la discontinuidad y de la itinerancia. Tradición y modernidad –en lengua posmoderna– dejan de contraponerse bajo el signo rupturista del antagonismo entre lo viejo (repetición) y lo nuevo (transformación): la posmodernidad desorganiza y reorganiza la procesualidad de las fases gracias a conexiones transversales que intercalan pasados y presentes en secuencias trastocadas por la operación de la cita histórica. Según esto, la modernidad no vino aquí a sustituir a la tradición sino a *entremezclarse* con ella en una revoltura de signos que juntan retraso y avance, oralidad y telecomunicación, folklore e industria, mito e ideología, rito y simulacro: todos estos signos mitad oscurantistas mitad iluministas comparten la simultaneidad discrónica del "collage" que aquí resulta "de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas [...], del hispanismo católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas" por obra de "un mestizaje interclasista" que "ha generado formaciones híbridas en todos los estratos sociales"⁶. La "heterogeneidad cultural" latinoamericana (mestizaje de identidades; hibridismo de tradiciones; cruzamientos de lenguas) habría incluso conformado –por fragmentación y diseminación– una especie de posmodernismo *avant la lettre*, según el cual Latinoamérica, tradicionalmente subordinada e imitativa, pasaría a ser hoy precursora de lo que la cultura posmoderna consagra como novedad: por amalgamamiento de signos, por injertos y trasplantes histórico-culturales de códigos disjuntos, el mosaico latinoam-

4 Pedro Morandé, *Cultura y modernización en América Latina*, Santiago: Universidad Católica de Chile, 1984.

5 José Joaquín Brunner, *Un espejo trizado: ensayos sobre cultura y políticas culturales*, Santiago de Chile: Flacso, 1988.

6 Néstor García Canclini, *ibid.*

mericano habría prefigurado el collage posmodernista. En tal sentido, la posmodernidad latinoamericana no sería nunca el “después” conclusivo de una modernidad por lo demás inconclusa. Es la exacerbación translineal de lo que esta modernidad ya contenía de heteróclito y disparatado –el paroxismo figural de su multitemporalidad abigarrada de referencias disconexas y memorias segmentadas.

EL GUIÑO POSMODERNISTA: LA POLÍTICA, LA ESTÉTICA

Es posible argumentar a favor de un interés latinoamericano en el debate posmoderno diciendo que somos parte interdependiente de la red de planetarización de las influencias que pone en contacto telecomunicativo el aquí-ahora de todos los sujetos receptores diseminados en el centro y en la periferia de la información cultural. Esta mundialización de la cultura nos obligaría de por sí a tomar posición para no perder “conciencia situacional”.

Pero otros autores prefieren aventurarse en la tarea de juntar ciertos parecidos que –alusivamente– relacionan facciones latinoamericanas con ángulos posmodernos, para defender la pertinencia de una vinculación crítica entre figuración internacional y repartos locales, siguiendo los enredos de un mismo guión o bien desenredando la pista de sus equívocos por falsas similitudes o seudoparecidos. Una primera zona de parentescos trae la política a escena. No cuesta mayores esfuerzos armar relaciones –por muy torcido o retorcido que parezca el marco de comparaciones– entre “la disolución del lazo social” que torna allá incoherente cualquier perfilamiento de unicidad bajo condiciones posmodernas y el fragmentarismo de la trama comunitaria aquí dislocada por la violencia del quiebre institucional en las regiones víctimas del poder represivo. Mucho de lo que disgrega el rostro posmoderno (de la rotura del nexosocietal al vaciamiento de los referentes-guías de movilización y lucha) se refleja entre nosotros, aunque oscurecido por el dramatismo de una convulsión histórica (las dictaduras) que estremece la tesis de cualquier relajado “fin de la historia” defendido hoy por los apocalípticos integrados.

El fracaso de la historia como continuidad ascendente, el decaimiento de los ideales totalizadores de revolución social proyectados finalísticamente, la crisis de absolutos y la consiguiente fractura de la imagen político-revolucionaria de la conciencia portadora de una verdad dogmatizada (lucha de clases o partido), la revalorización de la democracia como respuesta anti-totalitaria, y marco pluralista de concertación

social, la reformulación de los protagonismos combatientes a partir de la desmistificación del proletariado como clave única de triunfo libertario y el surgimiento de nuevos sujetos socialmente diversificados que reclaman su derecho minoritario a la diferencia, son factores de la experiencia post-dictatorial de los países latinoamericanos que acercan su nuevo horizonte político a los cambios destotalizadores de estado-poder-sociedad-instituciones cifrados por la teoría posmoderna de lo micro-social.

Hay otro conjunto de marcas –ya no políticas sino culturales– que reinciden en toda la producción estética y crítica latinoamericana y que se dicen afines a los estilos del repertorio posmodernista: marcas todas ellas relacionadas con el pertenecer a una cultura de la “reproducción” en la que –por vicio imitativo o manía de la simulación– cada imagen es imagen del una imagen copiada y reciclada hasta que la originalidad (el culto exclusivo del modelo como origen y perfección) degenera en sustitutos y bastardía, reestilizados por la pasión kitsch de la ornamentabilidad de lo falso. La suma de maniobras retóricas (la parodia, el doble sentido, la reapropiación) que una cultura secundaria debe afinar para burlar la sanción colonialista del “dejá vu” exagerando su mímica del doblaje, ironizando con ella, concuerda con las anotaciones posmodernistas sobre la cultura del pastiche, del simulacro: cultura aquí encarnada por el signo-máscara que suple el déficit de lo “propio” con las artimañas de lo prestado, de lo robado, de lo saqueado. La cita es la mecánica intertextual que recorta y desmonta el discurso de autoridad, subvirtiendo su trabazón de frases acabadas. Aquí la fragmentación de la cita no sirve el mero propósito de denunciar la *totalidad* como artefacto teórico-filosófico de una tradición sólo culpable de falogocentrismo. Acusa también el subterfugio *eurocentrista* que planteó la clausura del sistema total (de la totalidad del sistema) como garantía indismontable de universalidad del sentido. Fragmentar y recombinar –más allá del guiño estilístico que confiesa secretas avenencias entre el collage latinoamericano y el montaje posmodernista– es para nosotros deconstruir el cierre imperialista de la autorreferencia del modelo que protege el dogma de su perfección.

CENTRO/PERIFERIA: ¿INVERSIONES DE ESCENA?

El eje centro-periferia fue diagramado por la modernidad para someter la red de signos y funciones de los intercambios internacionales a la regulación metropolitana de un Centro facultado para *decidir* mientras

la Periferia se limitaba a *ejecutar*. Si la teoría posmoderna aparece cuestionando la normatividad de las funciones-centro legitimadas por la modernidad, deberíamos esperar de ella que alterara el sistema de jerarquías y dependencias sustentado por el eje modernista centro-periferia. ¿Qué es lo que se redefine en materia de roles culturales (estructuras de poder y condicionamientos periféricos) con la crítica posmoderna a los centrismos y la consiguiente reevaluación de los márgenes como bordes de un sistema en presunto descentramiento de autoridad?

Un primer resquicio teórico del discurso posmoderno parecería estar favoreciendo un súbito protagonismo latinoamericano: la reivindicación posmodernista de la alteridad, la diferencia, se prestaría para la celebración antihegemónica de aquella periferia cultural hasta ahora censurada por la dominancia europea-occidental y su supuesto universalista de una representación auto-centrada. Una de las hipótesis posmodernistas lanzadas para decretar el fin del eurocentrismo es que la crítica a la modernidad y el enjuiciamiento a sus legados (finalismo histórico de significados últimos, racionalidad homogénea de categorías trascendentes, lógica rectilínea de un proceso uniforme, etcétera) llevaron a un debilitamiento de las certezas que relativizó las pretensiones universalizantes y, por lo mismo, vulneró la superioridad del modelo europeo. La descreencia en los absolutos que luce hoy su faz de relajo después de haberse liberado de los dogmas tiranizantes anunciaría –en palabras de algunos– el derrumbamiento del modelo occidental-dominante. Esto favorecería las subculturas del margen o de la periferia hoy invitadas por el Centro a formar parte de esta nueva modulación anti-totalitaria de lo desjerarquizado. Sobre todo cuando el Centro se ha él mismo desmultiplicado y fragmentado en microterritorialidades disidentes que lo atraviesan como márgenes proliferantes y ubicuos: ese estallido semántico y operacional de la figura del Centro como polo unitario ahora rebalsado por divergencias nómadas daría la señal de que la contraposición centro-periferia es ya obsoleta y que seguir posando de víctimas del colonialismo suena más retardatario que nunca.

Todas estas razones derivadas de la crisis de totalidad-centralidad argumentarían a favor de la revalorización cultural de la periferia hasta postularla máxima protagonista del nuevo relato posmoderno de lo descentrado. Pero quienes formulan la hipótesis del descentramiento siguen comportándose como dueños frente a ella, supervisando su manejo desde el escenario de competencia de un yo legitimado por la tradición cultural de un dominio de sentido, y normando su validez a

partir de una experiencia de la crisis que sigue erigiéndose en paradigmática más allá de las fronteras que acotan el sentido de su por qué y de su cómo: haciendo de la *crisis* otro *meta-relato universal*.

La flexión perversa que hizo que, gracias a la sintaxis fracturada de la posmodernidad, el Centro fuera el primero en meditar sobre su crisis de centralidad y en reivindicar la proliferación transversal de los márgenes, le exige a la Periferia (uno de estos márgenes ahora reintegrados al complejo retórico de lo desintegrado) rediagramar sus ejes de confrontación polémica.

Algunas de las mismas y otras preguntas: ¿Es posible pensarse como modernos sin haber completado el transcurso histórico-cultural de la modernidad plena ni haber participado de sus categorías de autocomprensión europea?, ¿podemos llamarnos posmodernos sin estar sincronizando con la fase postindustrial que la tendencia euro-norteamericana fija como condición para experimentar el vértigo causado por la sobreexposición de las imágenes, la intercambiabilidad de los efectos, la superfluidad de los signos, la indiferencia de los valores? Y si se trata de heterogeneidad, de fragmentación y de pluralidad, ¿cómo desemblematizar la "diferencia" abriéndola al múltiple diferencial de culturas no comprendidas dentro de su área de prestigio teórico-cultural?